

*LA MALDICIÓN DEL PUEBLO DE CHARLOTTE*

El carruaje recorrió veloz el tramo que separaba el camino del bosque de la aldea. Me encontré mirando una por una todas las casas de aquella deprimente población y observando los rostros cenicientos de aquellos muertos en vida, que se cruzaban en nuestro camino, dirigiéndonos miradas recelosas de soslayo.

Hacía apenas dos días que había abandonado las bulliciosas calles de París, luminosas y ajetreadas, con sus bares y salones, sus teatros, dónde siempre se escuchaba el sonido de las manos gráciles de las damas, y fuertes de los caballeros, en su batir ante las maravillas que se representaban sobre los escenarios.

Los bailes en el Hotel Saint-Gabriel, la diversión, la vorágine, nada tenían que ver con aquellos caminos enlodados en los que se hundían las viejas ruedas del carruaje.

- No me extraña que circulen esas leyendas de vampiros en la vieja Europa...-le comenté al doctor Freniere-, cualquiera podría inspirarse en este paisaje para escribir historias de terror.

- Recuerde, mesié Shelton, que son muy pocos los que llegan a observarlo –me contestó con gravedad-. Ni usted sabría de la existencia de este lugar, si su tía no le hubiera reclamado en su lecho de muerte.

Ciertamente, tía Charlotte era una completa desconocida para mí. Solo las breves menciones de mi madre hacia su hermana viuda mantenían el nexo de unión con esa rama de la familia, a la que jamás visité. Ahora ella estaba a punto de morir y, en ausencia de herederos, había solicitado mi presencia.

- Habla poco y todo lo que dice carece de sentido –me previno el doctor-. Su única labor es permanecer a su lado hasta que llegue la hora, para que pueda irse en paz.

Asentí distraído mirando por la ventanilla del carruaje. Una mujer ataviada con humildes ropas lloraba sobre una niña que sostenía en brazos, y acercándose al coche

reclamó con mudos gestos de angustia la atención del doctor. La pequeña, que no tendría más de ocho años, parecía una muñeca de porcelana de rasgos geoméricamente hermosos; pelo castaño que caía sobre su frente apelmazado por el sudor, y ojos del color del ámbar que apenas se dejaban entrever tras los párpados entornados de su mirada febril.

El doctor la examinó y negó levemente con la cabeza. No había cura, ni remedio que pudiera proporcionar alivio a la pequeña, sin embargo murmuró unas palabras al oído de la joven madre que no alcancé a escuchar; pero pronto la mujer se irguió y tras cruzar conmigo su mirada, tornó hacia su casa con paso ligero.

El doctor volvió entonces al carruaje y se sentó a mi lado con pesadez.

- Me ausento del pueblo una vez cada cien años –me dijo con amargura-, y sin embargo nunca logro evitar que ocurran este tipo de cosas.

- No puede curarlo todo –le contesté-, la muerte es parte de la vida.

Aquella noche brumosa y sin estrellas nos paramos frente a la puerta de la vieja casa de la tía Charlotte, cuyas vigas mohosas constataban el paso del tiempo, la podredumbre y la humedad que habían hecho mella en la estructura.

Completamente a oscuras, la vi de pie al lado de los ventanales del segundo piso; tenía puesta una blusa de mangas anchas, y bajo sus cejas níveas, unos ojos abstraídos contemplaban el bosque, quizá añorando la época en la que podía ir más allá de él, antes de quedar atada a su cama por la enfermedad.

El doctor rezongó algo en voz baja y se apresuró a entrar, seguido por mí. Subimos las escaleras angostas hasta el cuarto de la anciana.

- Señora, no debéis levantaros de la cama- dijo, mientras la conducía suavemente, pero con firmeza, hasta su lecho-. Alguien ha venido a verla.

Con un leve gesto, mesié Freniere me indicó que me acercara. A la luz de la vela que alumbraba mi rostro, contemplé el de la anciana que me observaba con expresión de quién no se da cuenta de lo que acontece a su alrededor. Francamente, su aspecto era muy distinto al que hubiera imaginado, aparte de su mirada vaga y las profundas arrugas que delataban su edad, el tiempo había sido amable con ella; nada más que la palidez y las ojeras delataban su malestar.

- Éste es mesié Thomas Selthon, su sobrino –me presentó el doctor.

Recuerdo haberme arrodillado a su lado, y palpado la madera del lecho, podrida bajo la pintura. De improviso, mi puño se hundió en la superficie y varias astillas se clavaron en mi muñeca.

El doctor insistió en ir a buscar un poco de agua para limpiarme la herida, dejándonos a solas durante un rato. Me levanté distraído contemplando mi propia sangre, cuyo color rojo oscuro parecía brillar en contraste con el lúgubre ambiente de la habitación. La anciana estiro entonces su mano buscando la mía, pero solo llego a alcanzar el abrigo, del que dio un fuerte tirón. Cuando miré hacia abajo quedé paralizado por la sorpresa de lo que vi reflejado en su rostro, pues no era la enfermedad, sino la culpa, lo que la consumía.

- Márchese –me dijo -, márchese ahora.

- Tranquilícese tía, estoy aquí para cuidarla y no me iré de su lado.

Los ojos de la anciana se abrieron con ansiedad. De repente la puerta golpeó la pared a mi espalda, sobresaltándome. El cuerpo de la mujer cayó la cama tan débil como antes.

- Es difícil encontrar agua limpia en esta casa –se quejó el doctor.

Tomó mi muñeca con cuidado y vertió un poco de agua sobre la herida, a la que quitó las traicioneras astillas clavadas.

- Dejaré que se acomode y me retiraré por hoy –me dijo-, vivo dos casa más abajo, si me necesita, ya sabe dónde encontrarme.

Aquella noche dormí sumido en un profundo sueño reparador, que se tornó pesadilla antes de llegar la madrugada. Con gritos destemplados desperté sobresaltado y temiendo que algún animal salvaje se hubiera introducido en la casa y estuviera atacando a mi tía, recorrí raudo el tramo de escaleras que separaban su lecho de mi improvisada cama. Abrí la puerta enarbolando una escoba destartada y presa del pánico no hallé ni víctima ni asesino, solo un rastro macabro de sangre y huellas de lucha.

Pasé las manos por mi rostro intentando sacudir la neblina que parecía invadir la habitación, y pronto la sensación de nausea me obligo a desviar la vista del escenario.

La ventana estaba rota, pero ningún animal, por grande o feroz que fuera, podría haber saltado tal altura. Lo que me llevaba a pensar que si se había introducido en la casa por algún otro lugar, pues no podía ser de otra manera, carecía de toda lógica el que no me hubiera atacado a mí primero.

Salí a la calle pidiendo auxilio y a buen seguro desperté a más de un vecino, antes de levantar de la cama a mi buen amigo el doctor.

- Cállese y cuénteme lo que ha ocurrido desde el principio –me dijo mesíe Freniere, somnoliento.

Hice lo que me pedía y le conté todo, que no era mucho en verdad. Después, él y otro vecino al que también había despertado el alboroto, se dirigieron a la casa de tía Charlotte, empuñando sendas escopetas.

- Yo voy con ustedes.

- No, quédese aquí –replicó el doctor, tajante-, está completamente trastornado.

Si como dice ha sido algún coyote o perro salvaje, le daremos caza.

- Pero...

- No hay peros que valgan, insisto. Mi casa es su casa ahora, por la mañana lo verá todo más claro.

No dormí en toda la noche. Me quedé despierto, pero tumbado en la cama, bajo la atenta vigilancia de Madeleine, la esposa del doctor, una criatura casi etérea, de generosa cabellera morena y una belleza que haría perder el sentido a todo aquel que la contemplara sino fuera porque el cruel destino había querido marcarla con la desgracia. Y es que la hermosura de aquella mujer se adivinaba incluso a pesar de haber perdido uno de sus ojos en un fatal accidente, según me había explicado el doctor en nuestro viaje al pueblo. Por ello, Madeleine, ocultaba la cuenca vacía tapándola con una venda ante los extraños que, como yo, no podían dejar de expiarla con miradas fugaces.

Con las primeras luces vespertinas, me abrí paso hasta el fondo de una lúgubre y pequeña taberna, situada al otro lado de la calle. Bajo la luz mortecina de las lámparas el rostro de la mesonera adquiría una palidez casi sobrenatural. Ninguna mención a los acontecimientos ocurridos la madrugada anterior. Sin embargo, yo estaba seguro de que el doctor habría ido hasta la misma entrada del infierno, a fin de descubrir al asesino, aunque suponía que por la brutalidad que mostraba la escena del crimen debía sin duda ser alguna fiera salvaje.

- Seguimos el rastro –me dijo mi amigo a la vuelta de su expedición-, pero el bosque está plagado de lobos, no quedó nada de ella que pudiera enterrarse, lo lamento.

Transcurrieron pronto dos días, sin saber yo nada del negro destino que me venía a acontecer. Fue al cuarto desde que llegara a aquel lugar cuando, mientras descansaba sumido en un duermevela, boca arriba tendido en mi cama, vino a visitarme una visión extraña, en la que vi a mi difunta tía en pie, como uno más de los vivos. Tras el dosel que protegía la cama antigua, se adivinaba su figura chata y la blanca silueta de su

camisón, si bien al ir a retirar la tela que lo nublaba, un grito se escapó de mi garganta, pues la mano que detuvo mi gesto dejaba entrever los huesos de sus dedos, a los que se adhería la carne muerta.

- Escúchame con atención –me dijo aquella broma de mi inconsciente, aquella loca aparición-, a este pueblo solo llega la muerte, y si te quedas acaso otro día, te atarás a ella para siempre, como el resto de los que aquí habitan.

Me resultaría imposible expresar lo que sentí en aquel momento: miedo, confusión, que pronto se tornaron en ira. Preparado para golpear con mis manos a aquel fantasma, aparté la cortina dispuesto a enfrentarme con el propio producto de mi locura. Pero nadie oyó el grito que inundó la estancia, porque nadie había allí, más que yo, para escucharlo.

A la mañana siguiente me dirigí a casa del doctor Freniere, dispuesto a confesar mi pérdida de razón, causada a buen seguro por el trágico fallecimiento de mi tía.

- No os torturéis, amigo mío –me dijo al recibirme-, pues no fue más que una pesadilla, una pesadilla que os pareció muy real, eso es todo.

No admitió discusión alguna y me mando de vuelta a mi nueva casa, con mandato de reposar todo el día y tomar una infusión de romero antes de comer.

Y así pasé mi última jornada.

Al atardecer salí de la casa y caminé rumbo a la taberna, en busca de un poco del calor de mis congéneres. Pero todos aquellos con los que me cruzaban me miraban con ojos recelosos, o al menos así se me antojaba. Tan descuidado andaba que no me di cuenta de por dónde dirigía mis pasos, hasta que tropecé.

- Disculpe –dije, solo que entonces reparé en que no había nadie frente a mí, y miré hacia abajo.

Una niña se apartó presurosa de mi camino, con gesto de animal asustado, pero no hizo falta más que ese breve instante para despertar mi conciencia. Su rostro grabado en mi mente me devolvió al momento en que llegara al pueblo tornando mi inquieta intuición en paralizante certeza.

¡Era ella! La niña que la mujer sostenía en brazos en la entrada del pueblo, y estaba viva, tan viva como yo.

Rápido como mi propio pensamiento que se arremolinaba en mi mente confusa, eché a correr en dirección a la casa del doctor. El último atisbo de sol se ocultaba en el horizonte, cuando golpeé con insistencia la madera ennegrecida de la puerta de su casa.

Me abrió él en persona.

- La niña –le dije, presa de un temor incontrolable-, la que se moría, la niña...está...

- ¿Viva? –inquirió el doctor.

Asentí con la cabeza.

- No, amigo mío –me contestó-, no está viva, es tan solo otra aparición. Pero pase..., pase, no se quede ahí en la puerta.

- Es imposible, pero yo la he visto...

Mesié Freniere atajó mis balbuceos con un gesto de su mano. Me invitó a entrar en su salón y me dio la espalda, mientras repasaba con el dedo índice extendido la hilera de libros polvorientos que descansaban en una vieja librería, junto a un reloj.

- Permítame que le cuente una historia – dijo de pronto-, comienza hace muchos años, un día en que me dirigía a Arvieux cuando mi chofer, un borracho infeliz y desafortunado, nos extravió en el camino. Nos perdimos en algún punto del trayecto y fuimos presa fácil de los maleantes que, dándonos por muertos, nos abandonaron en algún lugar no muy lejos de estos condenados bosques. Solo que yo conseguí

sobrevivir. Vagué durante días sin rumbo hasta que encontré a un campesino que me trajo a esta aldea. Para entonces mi estado era tan grave que vano habría sido albergar esperanzas de recuperación.

El doctor hizo una pausa, como si le costara recordar hechos tan alejados en el tiempo.

- Fui conducido ante la persona que, en aquel entonces, hablaba en nombre de todos los habitantes de este pueblo-continuó-. Me dijo que podía sobrevivir a aquello, pues aunque la muerte nos llega a todos, quién permanece en este lugar no deja de existir, mientras una sola persona quede con vida en él.

Me miró, sopesando mi reacción. Tan aturdido estaba que no atiné a pronunciar palabra. Quería pensar que me tomaba el pelo, pero en el fondo algo me decía lo contrario, que todo aquello era verdad.

Mesié Freniere leyó la confusión en mi rostro por lo que se apresuró a continuar:

- Ningún habitante de este maldito pueblo muere, mientras quede una sola persona con vida en él. Su tía y la pequeña enferma eran las últimas supervivientes; viendo acercarse la hora de la anciana, decidimos ir a buscarle...

- Entonces ella también esta...

- ¿Viva? Es una forma de decirlo, sí. Tuvimos que adelantar lo inevitable pues al parecer le remordía la conciencia respecto a usted. La muerte cobra un precio por ser burlada, y cada uno debe pagar de una forma u otra, llegada la hora.

Y dicho esto se abrió su levita dejando al descubierto una herida sanguinolenta, del tamaño de mi mano extendida, rodeada de carne putrefacta. Aquella visión macabra me obligó a desviar la mirada pero no a tiempo de evitar la sensación de náusea. Me incliné sobre mi estómago y busqué apoyo en la cabecera de un sillón cercano, pero la

tela podrida cedió ante mi peso. La habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor, todo se volvió oscuridad y me desmayé.

Desperté viendo su pálido rostro en la cabecera de mi cama.

- Sí, todo es real –murmuró con suavidad, acercándose un vaso de agua-. Se acostumbrará con el tiempo. Hay una cosa más que no le he contado, aunque carece de relevancia pues ya son casi las doce. Al comenzar el quinto día desde su llegada ya no podrá volver a abandonar este pueblo... al menos hasta dentro de muchos años. Y para entonces, -sonrió al pensar en ello-, seguro que solo quiere ir a buscar un relevo...

Me incorporé, presa de la ansiedad.

- Me iré –le dije, apartándole con el brazo.

- ¿Y condenarse a vivir unos pocos años más? ¿Para qué? ¿Con qué fin? La enfermedad se abatirá sobre usted, el tiempo le robará la vida, la juventud ¿Por qué ese empeño por sufrir? Si esa anciana no hubiera hablado más de la cuenta ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación...

Ciertamente, tía Charlotte había intentado avisarme

- Quizá, -aventuré con acritud-tras probar esa maravillosa existencia de la que habla, decidió que no merece tanto la pena.

Los labios del doctor se distendieron en una sonrisa amplia ante el comentario, y cuando volvió a hablar habría parecido incluso afable a todo aquel que no pudiera contemplar sus ojos.

- ¿Qué edad cree que tengo, muchacho? –me preguntó-. Triplico la suya varias veces; comprenderá que no dejaré que un ignorante pusilánime estropee todo...

Le aparté de mí, forcejeamos y la disputa se saldó con un puñetazo que lo derribó al suelo. Eché a correr entonces hacia la puerta y atravesé igualmente el espacio

que me separaba del límite del pueblo, corriendo hasta quedar sin aliento, atravesando las calles enlodadas a la mayor velocidad que me permitían mis piernas.

Daban las doce cuando mis pies se adentraron en la maleza del bosque.

No sé cuanto tiempo corrí, sin saber a dónde me dirigía, pues no discernía camino alguno; ni tampoco alcancé a escuchar los sonidos de la cercana muerte que me advertían de su presencia, hasta que fue demasiado tarde y me vi rodeado por feroces lobos hambrientos.

No tenía con qué defenderme; esquivaron con facilidad mis piedras y me derribaron pronto, mordiéndome con saña las piernas. Me vi incapaz de volver a levantarme, y el dolor me nublaba la vista.

Los animales se acercaron dispuestos a darse un festín con mi carne maltrecha, más antes de que esto ocurriera, se vieron interrumpidos por mesié Freniere quién, guiando una docena de personas armadas con antorchas e instrumentos de labranza, tornaron la caería en huída.

Allá quedé yo tendido, tiñendo de carmesí el suelo del bosque, con dentelladas marcadas en todo mi cuerpo y una profunda herida en el vientre.

Fue el doctor quién se arrodilló a mi lado, contemplando con ojo clínico el resultado de mi corta huída.

- Es tarde,...-sonreí a despecho de mi situación-, tendrá que acostumbrarse a morir como todo el mundo.

Pero al ver su expresión deseé haberme mordido la lengua.

- Ni por lo más remoto, amigo mío-siseó-, el pueblo está cerca y le aseguro que vivirá...

-....durante muchos años.

*F9N*